

cerca de 20: como estos son mas pequeños, hay apariencias de que su incremento es todavia mas pronto que el del ciervo, pues en todos los animales la duracion de la vida es proporcional á la del incremento, y no al tiempo de la gestacion ó preñado, como pudiera creerse, pues aqui el tiempo de la gestacion es el mismo, y en otras especies, como la del buey, se observa que, no obstante ser muy largo el tiempo de la gestacion, no por eso la vida deja de ser corta; y por consiguiente la vida no se debe medir por el tiempo de la gestacion, sino solamente por el del incremento, contando desde el nacimiento hasta casi el total desarrollo del cuerpo del animal.

### EL CORZO.

El ciervo, como el mas noble habitador de los bosques, ocupa en ellos los parages que hacen sombríos las cimas elevadas de los árboles mas altos y robustos: el corzo que es de especie inferior, se contenta con habitar debajo de techumbres menos altas, y hace su mansion ordinaria entre el follage espeso de los sotos nuevos; pero si tiene menos fuerza y nobleza, y mucha menos estatura, tambien por otra parte gana al ciervo en gracia, en viveza y aun en corage (1): es mas alegre, mas ágil y mas despierito: su forma es mas redonda y elegante, y su figura mas agradable: sus ojos, sobre todo, son mas her-

(1) Cuando los corzillos son atacados, el padre los defiende; y sin embargo de ser animal bastante pequeño, tiene fuerza suficiente para pelear con un ciervo jóven, y hacerle huir.

mosos y brillantes, y parecen animados de una sensacion mas viva: sus miembros son mas flexibles, sus movimientos mas prontos, y brinca naturalmente con no menos fuerza que ligereza; su piel está siempre ascada, y su pelo limpio y lustroso: no se revuelca en el cieno como el ciervo, ni vive gustoso sino en los países mas elevados y secos en que el aire es mas puro; y finalmente, es mas astuto y mas diestro en sustraerse y mas difícil de seguir: tiene mas maña, y su instinto le facilita mas recursos; pues sin embargo de tener el defecto mortal de dejar tras sí impresiones mas fuertes y que dan á los perros mas ardor y mas vehemencia de apetito que el olor del ciervo, no deja de saber sustraerse á su persecucion por la rapidez de su primer carrera y por sus rodeos multiplicados: para usar de ardid no espera á que le falten las fuerzas, sino al contrario, desde que percibe que los primeros esfuerzos de una fuga veloz han sido infructuosos, desanda el camino, vuelve, revuelve, y cuando con sus movimientos opuestos ha confundido la direccion de la ida con la de la venida; cuando ha mezclado las emanaciones presentes con las pasadas, se aparta de la tierra con un brinco, y desviándose á un lado, se echa, y sin moverse, deja pasar por su inmediacion toda la tropa de sus enemigos reunidos.

El corzo se diferencia del ciervo y del gamo en la indole, en el temperamento, en las costumbres, y en casi en todos sus hábitos naturales: en vez de formar sociedad como ellos, y de andar juntos en grandes manadas, se mantiene en medio de su familia: el padre, la madre y los hijos andan juntos, y nunca se les vé asociarse con extraños: son tan constantes en sus amores, como inconstantes los ciervos. Como la corza produce ordinariamente dos hijuelos, macho y hembra, estos animalitos criados y alimentados

juntos se cobran recíprocamente una afición tan grande, que nunca se separan á menos de experimentar el uno de ellos alguna suerte adversa; lo cual nace de cariño mas bien que de amor, pues sin embargo de estar siempre juntos, no experimentan los ardores de la brama, sino una sola vez al año, y solo por espacio de 15 dias, que principian á fines de octubre y acaban antes del 15 de noviembre. En esta estacion no se hallan los corzos cargados como el ciervo de una gordura superabundante, no exalanan olor fuerte, no entran en furor, en una palabra, nada tienen que los altere ni mude su estado, y lo único que hacen es no permitir que sus hijos permanezcan con ellos durante este tiempo: el padre los echa de su compañía como para obligarlos á que cedan su lugar á los que han de venir, y á que ellos mismos formen una nueva familia; sin embargo, acabada la brama, vuelven los hijos á buscar á su madre, se mantienen con ella algun tiempo, hasta que ya dejan para siempre, y van ambos á establecerse á alguna distancia del lugar en que nacieron.

El preñado de la corza dura cinco meses y medio, y su parto es á fines de abril ó principios de mayo. El preñado de las ciervas dura, como dejamos dicho, mas de 8 meses; y esta sola diferencia bastaria para probar que estos animales son de especie bastante apartada para no poder nunca acercarse, mezclarse, ni producir juntos una raza intermedia. Así esta circunstancia como tambien la figura y el tamaño hacen que los corzos se acerquen á la especie de la cabra tanto como se alejan de la del ciervo, pues la cabra está preñada casi el mismo tiempo, y la corza puede considerarse como una cabra montés, que no manteniéndose sino de madera, lleva tambien madera en vez de astas. La corza se separa del macho cuando quiere parir, y se oculta en lo más espe-

so del bosque por huir del lobo, que es su mas peligroso enemigo. A los 10 ó 12 dias ya los corcillos han adquirido bastante fuerza para seguirla: cuando la amenaza algun peligro, los oculta en algun parage secreto, hace frente y se deja dar caza por libertarlos; pero todos sus desvelos no impiden que los hombres, los perros, y los lobos se los roben con frecuencia. Este es su tiempo mas critico, y el de la gran destruccion de esta especie, que no es ya demasiado comun, como lo he visto por esperiencia. Yo suelo habitar una casa de campo en un país (1), cuyos corzos son muy afamados, y no hay año que no me traigan por la primavera muchos corcillos, los unos vivos cogidos por los hombres, los otros muertos por los perros; de suerte que sin contar los que los lobos devoran, veo que se destruyen mas en solo el mes de mayo que en todo el discurso del año; y lo que he observado en mas de 25 años es que, como si hubiese en todo un equilibrio perfecto entre las causas de destruccion y de renovacion, subsiste siempre con muy corta diferencia el mismo número de corzos en los mismos parages. El contarlos no es difícil, porque en ninguna parte son muy numerosos, y porque andan siempre unidos en familias, y cada familia habita separadamente. Así, pues, en un bosque nuevo de cien fanegas de tierra habrá, por ejemplo, una familia, esto es, tres, cuatro, ó cinco corzos; pues la corza, que ordinariamente pare dos corcillos, alguna vez no produce mas que uno, y tambien suele parir tres, aunque esto es muy raro: en otro sitio de duplicada estension habrá 7 ú 8, esto es, dos familias; y he notado que en cada terreno existe siempre el mismo número, á escepcion de los años en que los inviernos han sido muy rígi-

(1) En Montharid, en Borgoña.

dos, y las nieves copiosas y de mucha duracion: entonces suele ser destruida toda la familia; pero al año siguiente viene otra á ocupar su lugar, y los cantones á que dan la preferencia, están siempre casi igualmente poblados. Con todo, pretenden que en general el número se disminuye, y es cierto que en Francia hay provincias en que ya no se hallan: que sin embargo de ser comunes en Escocia, no los hay en Inglaterra: que se encuentran pocos en Italia, y que son muy raros en Suecia (donde no lo eran antes) etc.; pero esto puede provenir ó de la disminucion de las selvas, ó de resultas de algun invierno muy riguroso, como el del año de 1709 que los hizo perecer casi todos en Borgoña, de modo que pasaron muchos años antes de establecerse la especie. Además de lo dicho, los corzos no gustan igualmente de todos los países, y aun en un mismo país prefieren ciertos parages: aman las colinas y las llanuras situadas en las cimas de las montañas, sin hacer mansion en la profundidad de las selvas, ni en medio de los bosques de mucha estension; y viven con mas gusto en las puntas de los bosques rodeados de tierras de labor, en los sotos claros y de mal terreno, donde crecen con abundancia las zarzas, las jaras, etc.

Los corzillos permanecen con sus padres 8 ó 9 meses en todo, y cuando se han separado de ellos, que es casi al tiempo de cumplir un año, empieza á apuntarles la cuerna, bajo la forma de dos pitones, mucho mas pequeños que los del ciervo; pero lo que mas diferencia á estos animales es que el ciervo no desmoga hasta la primavera, y no recobra su cuerna sino en el verano, en vez de que el corzo la desmoga á fines del otoño, y la recobra durante el invierno. Son muchas las causas que concurren á producir estos diversos efectos. El ciervo toma en el verano mucho alimento, y se carga de

abundante gordura: despues se extenúa con la brama, de modo que necesita todo el invierno para restablecerse y recobrar sus fuerzas; por lo cual, lejos de tener entonces superabundancia, tiene escasez y falta de sustancia, y por consiguiente, su cuerna no puede brotar sino en la primavera, tiempo en que ha vuelto á tomar bastante alimento para tener superfluidad: por el contrario, el corzo, que no se extenúa tanto, no tiene necesidad de tanta reparacion; y como nunca está cargado de gordura, y siempre se mantiene casi en un mismo ser, sin que la brama haya alterado en nada su estado, en todos tiempos tiene la misma superabundancia; de suerte que en el invierno mismo, y poco despues de la brama, pierde su cuerna y la recobra. Así, en estos animales, lo superfluo del nutrimento orgánico, antes de determinarse hácia los receptáculos seminales, y de formar el licor seminal, se dirige hácia la cabeza, y se manifiesta á lo exterior por la produccion de la cuerna, del mismo modo que el pelo y la barba en el hombre anuncian el licor seminal, y le preceden; y parece que estas producciones, digámoslo así, vegetales, se forman de una materia orgánica, superabundante, pero todavía imperfecta y mezclada de partes groseras, puesto que en su incremento y en su sustancia conservan las cualidades de vegetal, al paso que el licor seminal, cuya produccion es mas tardía, es una materia puramente orgánica, enteramente despojada de partes groseras y perfectamente asimilada al cuerpo del animal.

Cuando el corzo ha recobrado su cuerna, la entrega contra los árboles, al modo que el ciervo, para despojarla de la piel, de que está revestida, lo cual ejecuta ordinariamente en el mes de marzo, antes que empiecen los árboles á brotar; y por con-

siguiente no es la sávia de los árboles la que tiñe la cuerna del ciervo, la cual, sin embargo, adquiere el color negro en los que tienen el pelo de este color, y amarillo en los de pelo rojo, pues hay corzos de ambos pelos, probándose con esto que el color de las cuernas no procede como ya he dicho (1) sino de la naturaleza del animal, y de la impresion del aire. Al segundo año, ya tiene el corzo dos ó tres candiles en cada asta: al tercero, tres ó cuatro: al cuarto, cuatro ó cinco; y es muy raro encontrar corzos que tengan mas. Los viejos se conocen únicamente en lo grueso del tronco de la cuerna, en lo ancho de su basa, en lo abultado del grano de la misma cuerna, etc. Mientras esta subsiste blanda, es sumamente sensible. Yo he visto cortar de un balazo uno de los troncos de la cuerna que empezaba á crecer: el corzo sintió tanto el golpe, que cayó como muerto: el cazador, que estaba cercano, se echó sobre él y le asió de un pie, pero el animal vuelto en sí, y recobrando repentinamente sus fuerzas, le arrastró por el bosque mas de treinta pasos, sin embargo de ser un hombre muy robusto, hasta que al fin, habiendo muerto al corzo con el cuchillo de monte, vimos que la bala no le habia hecho mas daño que cortar una asta de la nueva cuerna. Además, se sabe que las moscas son una de las mayores incomodidades que experimenta el ciervo cuando recobra sus cuernas, por lo cual se oculta entonces en lo mas espeso del bosque, en que hay menos moscas, siéndole estas insufribles cuando se pegan á las cuernas recientes: de suerte que hay una comunicacion intima entre las partes blandas de aquella madera viviente y todo el sistema nervioso del cuerpo del animal. El

(1) Véase la historia del ciervo.

corzo, que no tiene motivo de temer las moscas, por recobrar sus cuernas en invierno, no se oculta, pero camina con precaucion, y lleva la cabeza baja para no tropezar en las ramas.

En el ciervo, el gamo y el corzo, el hueso frontal tiene dos eminencias, sobre las cuales estriban las cuernas: estas eminencias huesosas empujan á brotar á los cinco ó seis meses, y adquieren en poco tiempo todo su incremento; y lejos de disminuir y bajarse conforme el animal crece en edad, se bajan y disminuyen de altura cada año, de suerte que las astas en un ciervo, ó en un corzo viejo, estriban con bastante inmediacion sobre el hueso frontal, cuyas eminencias han perdido de altura lo que han ganado de ancho; y hé aquí el indicio mas seguro para conocer la edad crecida en todos estos animales. Creo que se puede fácilmente señalar la causa de este efecto, que á primera vista parece extraño, y que deja de parecerlo si se reflexiona que las cuernas, que descansan sobre dichas eminencias, oprimen aquel punto de apoyo, durante el tiempo de su incremento, y que por consiguiente, le comprimen con mucha fuerza todos los años, por espacio de algunos meses, y como aquel hueso, aunque duro, no lo es mas que los otros huesos, no puede dejar de ceder algo á la fuerza que le comprime, de suerte que se ensancha, se hunde y aplasta mas y mas por esta misma compresion, reiterada á cada nueva produccion de las cuernas de aquellos animales. Esta es la causa de que, sin embargo de adquirir siempre mayor grueso las astas y la raiz de las cuernas, y tanto mas cuanto el animal es mayor de edad, la altura de las cuernas y el número de los candiles se disminuyen tanto, que al fin, cuando llegan á edad muy avanzada, no tienen mas que dos mogotes gruesos ó unas cuernas extrañas y contrahechas, cu-

yo tronco es muy grueso, y los candiles muy pequeños.

Así como la corza no está preñada sino cinco meses y medio, y el incremento del corcillo es mas pronto que el del ciervo, así tambien su vida es mas corta, y no creo que pase, cuando mas, de doce á quince años. Yo he criado muchos, pero nunca los he podido conservar mas de cinco ó seis años: son muy delicados en la eleccion del alimento; y necesitando de movimiento, de mucho aire y de mucho espacio, solo resisten los primeros años de su juventud á los inconvenientes de la vida doméstica: les es precisa una hembra y un terreno de bastante estension para estar á su gusto: se les puede domesticar, pero nunca se consigue hacerlos obedientes, ni aun familiares: conservan siempre algo de su indole montaráz: se espantan facilmente; y se precipitan contra las paredes con tanto impetu, que suelen romperse las piernas. Por mas domésticos que parezcan, se les debe tratar con precaucion: los machos, sobre todo, están sujetos á tener caprichos peligrosos, y á tomar aversión á ciertas personas, y entonces acometen y dan cabezadas, bastante fuertes para derribar á un hombre, y le patean cuando le ven en tierra. Los corzos no braman con tanta frecuencia ni con voz tan fuerte como el ciervo: los corcillos despiden un sonido diminuto, corto y lastimero, con que parece pronuncian las sílabas, *mi...mi*, y manifiestan la necesidad que tienen de alimento. Este sonido es fácil de imitar con el reclamo, y la madre, engañada, acude hasta ponerse bajo el fusil del cazador.

En invierno, hacen los corzos su mansion en los montes huecos, y se mantienen de zarzas, de retama, de jara, de los hollejos que cubrian las avellanas etc.; en la primavera acuden á los sotos nuevos y claros, y comen los tallos y las hojas tiernas de casi todos los

árboles: este alimento calido fermenta en su estómago, y los embriaga de modo que entonces es muy fácil sorprenderlos, pues no saben á donde van, y salen frecuentemente del bosque, acercándose á veces á los ganados y á las habitaciones. En el verano permanecen en los bosques altos, de donde rara vez salen á beber á alguna fuente, en tiempo de mucha sequedad, pues por poco abundante que sea el rocío, ó estando las hojas mojadas de la lluvia, no necesitan beber: buscan los pastos mas finos, no comen con ansia, como el ciervo, no despuntan indiferentemente toda especie de yerbas, pacen con delicadeza, y rara vez acuden á los sembrados porque prefieren las zarzas y las jaras á los granos y las legumbres.

Nadie ignora que la carne de estos animales es manjar escelente; pero debe elegirse con cuidado: su calidad depende principalmente del país en que habitan, bien que aun en el mejor hay corzos de buena y de mala carne: los de color pardo la tienen mas fina que los rojizos: los corzos machos, y de mas de dos años de edad, tienen la carne dura y de gusto desagradable: las corzas, aunque de la misma ó mayor edad, la tienen mas tierna: la de los corcillos demasado jóvenes es muy blanda, pero escelente cuando tienen un año ó año y medio: los de las llanuras y los de los valles no son buenos para comer: los de terrenos húmedos son peores: los que se crian en los parques, tienen poco sabor; y en fin no son enteramente buenos sino los corzos que se crian y viven en terrenos secos y elevados, cortados de colinas, de bosques y de tierras de labor, y de otras incultas, donde tienen todo el aire, el espacio, el alimento y hasta la soledad que necesitan, pues los que han sido inquietados frecuentemente están flacos, y los que se cogen después de haberlos corrido, tienen la carne insípida y seca.

Esta especie, menos numerosa que la del ciervo y aun muy rara en algunas partes de Europa, parece que abunda mas en América. Aquí no conocemos sino dos variedades de ella, los rojizos, que son los corpulentos, y los pardos que tienen una mancha blanca en su parte posterior y que son los mas pequeños; y como se hallan en los países septentrionales, igualmente que en las regiones meridionales de América, debe presumirse que difieren mas unos de otros entre sí que los de Europa, por ejemplo, son muy comunes en la Luisiana (1) y mayores que en Francia: vuelven á hallarse en el Brasil, pues el animal que llaman *cujacu-apara* no difiere mas de nuestro corzo, que el ciervo de Canadá del ciervo de nuestro país, notándose solamente alguna diferencia en estos en la forma de las cuernas, como puede verse en la plana del ciervo de Canadá que nos ha dado Mr. Perrault, donde están representadas dos cuernas de corzos del Brasil, las cuales hemos reconocido fácilmente por la descripción y la figura que de ellas da Pison. «Hay en el Brasil, dice, especies de corzos, de los cuales unos carecen de cuernas, y se llaman *cujacu-été* y los otros las tienen y se llaman *cujacu-apara*: estos últimos son mas pequeños que los otros, y su pelo es lustroso, mezclado de pardo y blanco, sobre todo cuando el animal es joven, pues el blanco desaparece con la edad: el pié está dividido en dos uñas negras; sobre cada una de las cuales hay otra mas pequeña que parece sobrepuesta: la cola corta, los ojos grandes y negros, las ventanas de la nariz muy abiertas, las cuernas medianas, de tres puntas, y

(1) También se usa mucho en la Luisiana de la carne de corzo; este animal es allí algo mayor que en Europa, y sus cuernas se semejan á las del ciervo, pero no tiene su pelo ni color: los habitantes le comen como en otras partes el carnero.

que se mudan todos los años: las hembras están preñadas cinco ó seis meses: se pueden domesticar etc.» Margabre añade que el *apara* no es mas que una variedad en la especie de nuestros corzos; y Ray conjetura que el *cujacu-été* no es especie diferente del *cujacu-apara*, sino que este es el macho y el otro la hembra. También yo seria de su dictámen si Pison no dijese espresamente que los que tienen cuernas son mas pequeños que los otros, no pareciéndome probable que las hembras de esta especie, en el Brasil, sean mayores que los machos, siendo aquí mas pequeñas. Así al mismo tiempo que creemos que el *cujacu-apara* solo es una variedad de nuestro corzo, á la cual se debe referir también el *capreolus marinus* de Yonston, nos abstendremos de decir lo que puede ser el *cujacu-été*, hasta tener informes mas individuales.

He dicho que los colores ordinarios en los animales libres son el leonado, el pardo y el gris, y que el estado de domesticidad es el que ha producido ciervos, conejos y otros animales blancos; sin embargo, debo confesar que la naturaleza suele también producir por sí sola este mismo efecto en los animales silvestres. Et abate de la Villette me ha escrito que un particular de las haciendas de su hermano, situadas cerca de Orgelet, en el Franco-Condado, le habia llevado dos corcillos, el uno de color ordinario, y el otro que era hembra, de color blanco de leche, sin tener mas que la estremidad de la nariz y los cascotes de los pies negros.

En toda la América septentrional se encuentran corzos semejantes á los de Europa, con solo la diferencia de ser mayores, y tanto mas cuanto que es mas templado el clima en que habitan. Los corzos de la Luisiana son ordinariamente al doble mayores que los de Francia. Mr. de Fontenette, que me ha

dado esta noticia, añade que se domestican fácilmente. Lo mismo asegura Mr. Kalm, y cita á este asunto un corzo que por el dia iba á comer al bosque, y por la noche volvía á la habitacion; pero en las tierras de la América meridional se ven grandes variedades en esta especie, segun carta de Mr. de la Borde, médico del rey en Cayena, en cuyo extracto se lee lo siguiente:

«Que allí se conocen cuatro especies de ciervos, dando á todos, machos y hembras, el nombre de ciervas, la primera especie, nombrada *cierva de bosques* ó *cierva roja*, habita siempre en bosques espesos para que la atormenten menos los cinífes llamados *maringuinos*; y esta cierva es mayor y mas abultada que otra especie llamada *cierva des palletuviers*, que es la mas pequeña de las cuatro y menos gruesa que la cierva llamada *cierva de Baralou*, que es de la segunda especie, y del mismo color que la *cierva de bosques*. Cuando los machos son viejos, su cuerna se compone de un tronco de mediano tamaño y grueso, sin que dicha cuerna casi exceda en ningún tiempo de cinco pulgadas y diez líneas de alto. Estas *ciervas de Baralou* son raras, y riñen con las ciervas de bosques. En las partes laterales de las ventanas de la nariz de estas dos especies se ven dos glándulas bastante abultadas, que despiden un humor blanco y fétido.

«La tercer especie es la que llaman *cierva de prados*, y esta tiene el pelo de un color que tira á gris, las piernas mas largas que las precedentes, y el cuerpo mas prolongado. Los cazadores aseguraron á Mr. de la Borde que esta *cierva de prados* no tenia á los lados de la nariz las glándulas que las anteriores, de las cuales se diferenciaba tambien en la indole, siendo menos arisca, y aun tan curiosa que se acercaba á los hombres que veía.

«La cuarta es la de los *palletuviers*, mas pequeña y comun que las tres referidas: estas ciervas nada tienen de feroz, y sus cuernas son mas largas que las de las otras, y mas ramosas, teniendo muchos candiles. Llamanlas ciervas de *palletuviers*, porque habitan en prados cenagosos, y en terrenos poblados de aquellos árboles.

«Estos animales gustan mucho de manioc y suelen destruir los plantíos de este arbusto: su carne es muy tierna y sabrosa: se come igualmente la carne de los viejos y la de los jóvenes, y su gusto es superior al de la carne de los ciervos de Europa. Domesticanse fácilmente y se les vé andar por las calles de Cayena, salir de la ciudad y correr por todas partes sin que nada les espante. Algunas hembras de esta especie van á los bosques á buscar machos silvestres, y despues vuelven con sus hijos.

«El *Cariacu* es mas pequeño: su pelo es gris pálido; y sus cuernas rectas y puntiagudas. Este animal pertenece mas bien á la raza de los corzos que á la de los ciervos: no frecuenta los parages habitados, y por consiguiente no se le vé en las cercanias de la ciudad de Cayena; pero es muy comun en los bosques grandes, y es fácil domesticarle. No produce mas de un hijo cada año.»

Si se compara lo que acabamos de referir con lo que diremos en la historia del *mazame*, se verá que todos estos ciervos ó ciervas de Mr. de la Borde, no son mas que corzos, cuyas variedades son mas numerosas en el nuevo continente que en el antiguo.

No hablo sino de dos razas, la una leonada, ó mas bien roja, mayor que la segunda, cuyo pelo es pardo, mas ó menos oscuro, pero el conde de Mellin me ha dado noticia de una tercera raza, cuyo pelo es absolutamente negro.

«Hablando del pelo del corzo, me escribe este ilus-

tre observador, no hace vd. memoria del que es exactamente negro, sin embargo de que hace vd. mencion de un corcillo enteramente blanco. Esto me persuade que no ha llegado á su noticia *una variedad constante de corzos enteramente negros*. Sin embargo esta subsiste en un distrito muy pequeño de Alemania, y en ninguna otra parte, á saber en un bosque del condado de Danneger, llamado la Lucia, perteneciente al rey de Inglaterra, como duque de Luneburgo. Con el fin de tener en mi parque la raza de estos corzos, escribí al montero mayor de los bosques de Danneger, y hé aquí su respuesta: «Los corzos negros son absolutamente del mismo tamaño, y tienen las mismas cualidades que los pardos y los leonados; pero son una variedad constante, y creo que es el corzo, y no la corza, quien dá el color al corcillo (la misma observacion he hecho en los gamos) porque he visto corzas negras que producian corcillos leonados. El año de 1781 observé que una corza negra tenia dos corcillos, el uno leonado, y el otro negro: una corza leonada tenia dos corcillos negros: otra leonada tenia un corcillo negro; y al contrario dos corzas negras, dos corcillos leonados. Hay algunos corzos que solo son negriscos, pero la mayor parte son tan negros como el carbon. Entre otros hay uno, el mas bello de su especie, cuyo pelo es negro como la tinta de la China, y cuyas cuernas son de color amarillo. Yo he hecho muchas tentativas para tener corzos de esta variedad; pero todas han sido inútiles, pues los corcillos se han muerto, en vez de que los leonados que me han traído, se han criado felizmente, de donde infiero que el corzo negro es de temperamento mas delicado que los leonados.....» ¿Cual puede ser la causa de una variedad tan constante, y sin embargo, tan poco esparcida?



El Conejo.

La Liebre.



El Lobo.

La Zorra.